

Como colofón a la edición del presente número de *Nassarre*, los folios leídos por su actual director como respuesta a la entrega al mismo del Premio Fundación Uncastillo-2014, en la fecha del 11 de abril del mismo año en dicho lugar de la provincia de Zaragoza, “por su larga y fructífera trayectoria en la recuperación, investigación y difusión del patrimonio musical aragonés, como Fundador del Curso y Festival de Música Antigua de Daroca y de la Revista Aragonesa de Musicología *Nassarre*”.

Revista *Nassarre*

In nomine Sanctae Mariae “desatanudos”

PEDRO CALAHORRA MARTÍNEZ

Señores

José Francisco García López, Director de la Fundación Uncastillo

José Manuel López Gómez, Coordinador de la Fundación Uncastillo

Con el permiso de la mesa.

Son tantas las horas, señoras y señores, amigos todos, los días, meses y años transcurridos desde que se inició la aventura musical y musicológica dentro de la Institución “Fernando el Católico” de la Excelentísima Diputación Provincial de Zaragoza, a cuyos actuales directivos culturales de ambas entidades les debemos este encuentro en tan bello y singular espacio. Son tantos los eventos transcurridos desde allá por 1975 hasta nuestros días, bajo un punto de interés y centro de actividades, la desaparecida Sección de Música Antigua, continuada por la Cátedra de Música Medieval Aragonesa, que intentar una sucinta historia del desarrollo de las actividades de ambas entidades musicales y musicológicas sería obra de titanes difícil de transmitir y de digerir. Permitidme, pues, que intente entrar en el túnel del tiempo con una memoria amplia, con una interpretación estilizada, navegando por una

historia generosamente fabulada, que comprende eventos y personas, con un vasto sentido de agradecimiento por cuanto se nos permitió a muchos hacer y construir: un legado musical dentro de la historia actual aragonesa. Allá voy con el permiso de todos vosotros, amigos presentes.

Fue una época palatina muy intensa y fecunda. Con frecuencia era convocado por el rey Fernando *el Católico*, mi señor, otras veces por la reina Isabel, *la Católica*, mi señora. El motivo, por lo general, el mismo: evitar las desavenencias entre los maestros y cantores de sus respectivas capillas de música, la capilla aragonesa del rey aragonés, y la castellana de la reina castellana. Había quejas entre sus maestros y cantores, dado que, por desidia, existía el peligro de que desaparecieran las composiciones musicales que ellos habían compuesto con suma maestría para dichas capillas de música, y que tanto agrada escucharlas a sus majestades. Habían sido recogidas en un formidable códice, conocido por “manuscrito 2/3” de Tarazona. Su denominación “2/3” indicaba que estaba dividido en dos volúmenes: dado su peso, cada vez que el infantil lo cogía para colocarlo en su sitio, en el facistol, infantil y códice rodaban por el suelo, con deterioro continuado para el códice; al mismo tiempo que los enemigos de los archivos, los bichos bibliófagos, que por enemigos declarados del papel, se lo iban fagocitando. Contenía 115 composiciones de una veintena de maestros hispanos, los más destacados sin duda; composiciones que, casi en su totalidad, sólo las hallamos recogidas en este manuscrito polifónico. La alarma había llegado a sus majestades los Reyes Católicos, y me encargaron de la recuperación de tan singular y valioso códice. Puse en ello todo mi empeño, y contando con la preocupación fáctica de algunos colegas y amigos, con el trabajo artesanal y científico de las monjas cistercienses del monasterio cesaraugustano de Santa Lucía –hasta la Madre Abadesa se involucró en el asunto, y buscó personalmente la mejor piel del toro más bravío que hubo para su encuadernación–, hoy hallamos el códice espléndidamente restaurado y recuperado en el Archivo de la catedral de Tarazona. Hechas las reverencias protocolarias, presenté a los reyes Fernando e Isabel el resultado de su encargo. Examinándolo con atención, el rey Fernando preguntome: ¿Qué pensáis, muchacho, de que este códice pueda ser mejor, y más valioso que aquel de que tanto presumen en la catedral de Compostela y que llaman “*Codex calixtinus*”? A punto de responder, se me adelantó la reina Isabel, preguntándome, tan interesada ella: ¿Tal vez supera nuestro códice al del monasterio burgalés de sorores, que llaman “*Códice de las Huelgas*”? Respondiles que nunca señor o señora alguna tuvieron maestros cantores tan excelentes como los de sus reales capillas de música, las de mis señores, ni hubo músicas tan inspiradas como las que compusieron dichos maestros cantores para tan exquisitos señores como sus reyes.

Tras breve coloquio y a punto de concluir la breve audiencia, antes de mi última reverente inclinación de cabeza, gorra en mano, sentí que me cogían del brazo. Me requería de este modo el príncipe Juan, hermanastro del rey Fernando. Sorprendido, le escuché decir que lo habían nombrado arzobispo de la Sede Cesaraugustana y que ya se hallaba metido en obras y en cambios en su catedral. Y hacía mención de plantar un altar mayor digno de la misma, y a honra de nuestro Señor Jesucristo; lo que le obligaba a trasladar el coro de los clérigos regulares o canonicales de su ubicación actual, en torno al ábside mayor interno, al centro de la fábrica catedralicia, en su nave central; y que el motivo de solicitar mi colaboración era precisamente el de asimismo plantar un órgano nuevo en dicho coro que sirviera al canto en el oficio divino y en la misa, y se oyera con claridad en los procesionales tránsitos por las naves y por los claustros. Convinimos en reunirnos prontamente, una vez que le hube indicado que nadie mejor podía hacerse cargo de tal empeño que el organero Juan de Berdún, proveniente de aquel lugar y en el momento presente sonador de los órganos de dicha catedral de San Salvador; órganos incrustados entre la sillería del coro, que ahora dejaba de ser útil, y debían ser desalojados de su sitio. Mi señor, el arzobispo don Juan, el organero Johan de Berdún, y quien os lo cuenta, nos reunimos repetidas veces y comentábamos los trabajos del maestro de obra el moro Braym y de su hijo Juce de Albariel, que con sus obreros iban desmontando los órganos viejos; al mismo tiempo que recibían las órdenes del organista Johán de Berdún para la construcción de la hermosa y espléndida caja del órgano nuevo, a caballo entre columnas en un lateral del coro nuevo, aceptando en su diseño cuanto el gusto de casa regia del arzobispo le sugería; mientras el organero iba montando tres singulares y distintos órganos que acogía la nueva caja, mi señor, el arzobispo don Juan, encargóme de que tratara de concertar con los mejores pintores del momento la decoración de las puertas, grandes ellas, que había de cubrir externamente la cañutería de los órganos de su interior. Mucho se honraron los pintores elegidos como para manifestarnos su propósito de que dichas pinturas para tan singular espacio externo e interno de las grandes puertas de un órgano, fueran tan bellas y definitivas como las ricas pinturas de un delicado retablo.

Al final, la obra de tan espléndido instrumento, que todavía podemos contemplar en su mismo sitio inicial, costó más de lo que su Ilustrísima el arzobispo don Juan había calculado. Para poder acceder al pago de su coste dio un decreto –le costó firmarlo– por el que todo el clero de la catedral de La Seo, encabezado por él mismo, y seguido por el prior del cabildo, las dignidades, los simples canónigos, los beneficiados, los capellanes y demás servidores, habrían de aportar una cantidad de dinero, proporcional a la importancia de sus cargos, que cubriría en su total el coste del órgano. No

estoy autorizado a describir las clericales batallas internas motivadas por este decreto arzobispal. Pero sí tengo grabado en mi memoria el momento en el que el secretario particular del arzobispo, que no portaba en este momento mitra alguna, sino un rostro duro y señero, escribía al pie del decreto promulgado y no cumplido: “Fue revocada la anterior *litera mandati* por mí, Vicario General, debido a ciertas causas que me lo aconsejaron con certeza”.

El arzobispo don Juan murió, y quiso ser sepultado en su catedral. Si nos situamos de frente al Altar Mayor, a la mano izquierda, muy cerca del presbiterio, en una oquedad funeraria a media altura está el sarcófago que acoge a mi señor. Él mismo eligió ese lugar porque deseaba que apenas sonase el órgano de su catedral, él lo sintiera. Y en verdad que, a mi ver, esto es lo que sucede al comenzar a sonar la redonda cañutería de su órgano: se siente dentro del sarcófago como un movimiento gozoso estremecido de los restos óseos de mi señor el arzobispo don Juan.

Esta historia tiene un gozoso apéndice: sin que el arzobispo, mi señor don Juan, lo supiera, el organero Juan de Berdún, artífice del órgano de la catedral, trasladó su taller de organería a la Insigne Parroquia de San Pablo de la misma ciudad de Zaragoza. Los parroquianos de esta tradicional parroquia zaragozana siempre fueron muy “echaos p’alante”. Siempre quisieron emular en todo, en la fábrica y en las jocalias, y con esta perspectiva contemplamos aun hoy día su retablo de Forment; su rejado del coro, con la pulcra imaginería en las “misericordias” y las cresterías góticas de los asientos del mismo; y, cómo no, con su órgano, de talla menor, pero no menos hermosa, con un instrumento más limitado pero no menos sonoramente rico y variado que el de la catedral. Barrio de clérigos conventuales y de artesanos, siempre se gozaron en querer ser estimados como la segunda sede de Zaragoza.

Esta primera parada de nuestro periplo musical en la Insigne Iglesia Parroquial de San Pablo nos traslada totalmente de plano en este singular recorrido musical por tierras aragonesas que estamos desarrollando. En la pila bautismal de esta parroquia fueron bautizados dos de los grandes músicos que encabezan la historia de la música renacentista hispana y que tienen nombre propio en el elenco universal de músicos de su época: el organista y compositor Sebastián Aguilera de Heredia y el maestro de polifonistas Pedro Ruimonte. De familias originariamente artesanas, con talleres artesanales en el entramado de plazoletas, calles y callejas del barrio, sin embargo las musas los quisieron para sí y los coronaron con triunfales coronas de músicas. Por los eventos narrados hasta el momento, y concedores de mis cortesanos atrevimientos, no se extrañarán, señoras y señores, de mi atrevi-

miento de unirme a los dos músicos, con la única excusa de que yo también fui “cristianado” en la misma pila bautismal en la que lo fueron ellos.

Desde joven mostró Aguilera de Heredia su inclinación por subir al banquillo del formidable órgano de su parroquia, del que fue tañedor sin título mientras realizaba sus estudios teológicos en los centros eclesiásticos de la ciudad. Un jovencuelo, imberbe todavía, Pedro Ruimonte, cariñoso amigo de Aguilera, seguía fielmente, literalmente, los pasos del joven organista, muy pocos años mayor. Y cuando fue propicio el momento nos encaminábamos los tres a la capilla de San Martín, dentro del pie mismo de la esbelta torre de la catedral, con entrada por la capilla del Señor Santiago, el apóstol, desde el interior de la fábrica, lugar en que el maestro Melchor Robledo cumplía con su obligación de enseñar canto de órgano, polifónico, casi diariamente a los infantes de coro, los mozos de coro, cantores de la capilla, y también, por voluntad del prior, a cuantos desearan asistir a dichas clases. Cuántos recuerdos de aquellas idas y venidas por las callejuelas estrechas desde el popular barrio “del Gancho” a la plaza de la catedral. Cuántos ratos de charla atenta a veces, ocurrentes otras, cariñosas siempre, entre nosotros, novatos músicos, y el Maestro Robledo.



Pedro Calahorra, Infante del Pilar y La Seo de Zaragoza, en el centro de la segunda línea; en la línea superior a la izquierda Don Félix Castellet (Capellán de los Infantes), y Don Gregorio Arciniega (Maestro de Capilla) a la derecha.

Primero fue Sebastián que opositó al órgano de la catedral de Huesca, en el que desarrolló su valiosa obra para órgano, que prontamente, manteniendo la amistad, nos la enviaba, y nosotros prontamente también incluíamos en nuestros programas organísticos. A veces venía ex profeso a Zaragoza y se juntaba con nosotros y el maestro Melchor Robledo, sobre todo si se daba en La Seo algún evento relacionado con la Casa Real: matrimonios, bautizos, exequias, etcétera. Los arzobispos cesaraugustanos pertenecían a la Casa Real del rey don Fernando, mi Señor. En esos momentos nos juntábamos los cuatro tras el rejado del coro para mejor escuchar y ver a los cantores y músicos de la Capilla Real venida expresamente para tal acontecimiento. Luego comentábamos y escuchábamos atentos las observaciones que el maestro nos hacía sobre lo que habíamos escuchado y visto. Crecíamos.

Nuestro querido maestro Melchor Robledo murió. La ciudad se llenó de tristeza, no es una figura retórica, y nosotros más. Y pocos años más tarde Pedro Ruimonte será por poco tiempo maestro de la capilla de la catedral de Lérida. En el entretanto los príncipes, futuros gobernadores de los Países Bajos, el Archiduque Alberto e Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe segundo, fueron preparando el encargo de éste para hacerse cargo de la Gobernación de los Países Bajos, foco de constantes peleas, levantamientos, guerrillas y emboscadas por parte de los flamencos contra el supuesto invasor hispano. En Zaragoza estuvieron poco antes de hacerse con el cargo. Pudo intervenir, cómo no, el valido Duque de Lerma, Señor de Cifuentes, lugar originario de los padres de Pedro Ruimonte. También pudo valer las recomendaciones de los notables zaragozanos, encargados de preparar parte de la casa de los futuros Gobernadores en Bruselas. El caso es que nos vimos preparando nuestro atillo, porque los príncipes Gobernadores habían elegido y nombrado a Pedro Ruimonte como Maestro de Capilla y de la Cámara de sus Altezas Serenísima en su Corte de Bruselas. Y cuando llegaron a Bruselas el Archiduque Alberto y la Infanta Isabel Clara Eugenia, llegamos nosotros con ellos, pero nuestro salvoconducto nos encubría como meros clérigos de su séquito, digo yo, por el atrevimiento de tal nombramiento y el malestar que podría producir entre los valiosísimos polifonistas flamencos, por fama esparcidos en las importantes capillas de música europeas. Y preparando nuestros aposentos en los palacios reales flamencos, me llegó otra vez una urgente requisitoria de mi señor, el rey Fernando, para que acudiera a su presencia, cuan presto fuere posible, para aclarar un billete con quejas de los siempre bien apreciados por afamados, los cantores de las capillas reales, la aragonesa del rey don Fernando, y de la castellana de la reina Isabel.

A mi encuentro con el rey Fernando, mi Señor encontrélo serio, nervioso, inquieto. Había recibido de altas instancias una queja de que él, mi Señor, Señor de España, de Nápoles y su Mediterráneo, y de media Europa, des-

cuidaba su atención y mecenazgo, tal vez distraído por los enfrentamientos hispanos y las guerras europeas, sobre las letras y las artes, de lo que tanto mi señor se gloriaba, y ahora se le menospreciaba. Extendiome un pergamino escrito y firmado, en nombre de otros muchos, por el afamado hombre de letras, poeta e historiador, Mateo Flecha. Me lo hizo leer en alta voz y así lo hice:

“¿Qué fue del papa León?
 Los reyes y los señores ¿dó se fueron?
 ¿Qué fue de aquel galardón?
 Las mercedes a cantores
 ¿qué se hicieron?
 Rey Fernando, mayorazgo
 de toda nuestra esperanza
 ¿tus favores dó están?

No me dejó leer más, pero conseguí que se sentara. Y mandé que le sirvieran una tila rosada de hierbas floreadas que le calmase y animase; y le rogué que me escuchara. Le hablé de que, lo mismo que en sus tercios había hombres de armas que lograban vencer trazos de batallas con heroico empeño de victoria, y que él bien conocía, yo podía hablarle de alféreces, capitanes, tropas de pica y alabarda y de gruesa caballería que luchaban victoriosamente en los amplios y arduos campos de batalla de las artes y las letras, de los que le acusaban falazmente de desentenderse, de no prestarles atención. Le hablé de hombres sobresalidos por sus hechos victoriosos en las peleas culturales, dentro de los gloriosos tercios que capitaneaba mi Señor, el rey Fernando, rigiendo con su nombre su zaragozana Institución “Fernando el Católico” precisamente. Le hable de José Luis González Uriol, de los primeros en aparecer en la refriega musical. Le acompañé como escudero suyo en una empresa que perdura ya cuarenta años: El Curso y Festival Internacional de Música Antigua de Daroca; le fui escudero fiel en sus intentos y logros de restauración de órganos en territorio aragonés; en los empeños de divulgar los valores músicos patrios y de darlos a conocer por los teclados de medio mundo. Amigo de amigos, Pepe Luis me llevó, papel tras papel, por todos los despachos provinciales y nacionales. Nuestros pasos, casi definitivos, por los pasillos de los ministerios de Cultura de Madrid, en busca de munición monetaria para nuestras batallas, concluían siempre en las mesas de una tradicional taberna/mesón de comidas madrileña, donde perdíamos la batalla de comer de nuestra independencia, vencidos por una tropa de

castizos camareros empeñados en que probáramos el codillo especialidad de la casa; y éramos fieramente vencidos.

De tierras enamoradizas, del Toboso de Doña Dulcinea, llegaba, con empuje borgoñés en su apellido, otro laborioso batallador por la cultura, las artes, las letras y las armas. Luis Prensa, cargado de ideas, palabras, libros y fuerte amistad. Pronto reunió tropa junto así, y formó amplia escuela de músicos medievales, revestidos de nobles pergaminos musicales. Testigo soy de su noble triunfo cuando levantó con notable esfuerzo belicoso la grande tapa de un calaje de sacristía y logró el valioso botín de siete cantorales gregorianos de los siglos XIV y XV, que confirmaban la remembranza medieval de la villa de Munébrega, en los aledaños del río Piedra, en el centro de una brillante historia de cardenales, obispos, capitaneados por el Gran Maestre y Capitán de cuanto ejércitos existieron, Don Juan Fernández de Heredia.

Por otros ámbitos se movía la ambición belicosa de un aguerrido joven intelectual, Álvaro Zaldívar, capaz de capitanear lances, al que ayudé a dar vida y traer a este mundo, como un logrado trofeo, a *NASSARRE. Revista aragonesa de Musicología*, de feliz andadura todavía.

Nuevas levas de valiosos peones culturales, se fueron incorporando al quehacer musical. Surgió, entre otros, notable en sus periplos musicales, Jesús Gonzalo, que pronto por su meritosas andanzas consiguió los títulos de “Alcaide de su torre. Ministro titular de ella, en el terruño libre de Torre-ro”; esto siempre, pero sobre todo “un poco antes de abril”; y, entre otros muchos títulos suyos, el de singular “amable hombre de mundo”. Lo vemos avanzar triunfante en este empeño musical desde su cátedra de clave, con sus transcripciones de tecla aragonesa, sus conciertos y conferencias, la dirección de cursos sobre el órgano, y que muestra los trofeos valiosísimos de su colección de CD, auténticas conquistas sobre las batallas de las cañuterías de los órganos aragoneses; y el de la colección de libros sobre los variados “*organa musicales*”; trofeos que culminan con la vasta, amplia, generosa victoria en el campo de batalla de la investigación, de pesantes en oro páginas de su esfuerzo culminante en *La organería en la Provincia de Teruel*: una de sus victorias más soñadas y logradas en la investigación histórica sobre la técnica constructiva organística, y sobre la tipología humana de tañedores aragoneses de antaño.

Desde la retaguardia, esto es desde la Infantería, fue Infante de Coro de las Catedrales zaragozanas, pasa a valeroso alabardero de primera línea, como catedrático del Conservatorio Superior de Salamanca, Alberto Cebolla, especialmente motivado por el canto medieval gregoriano, exponente práctico del quehacer cultural de las cátedras salmanticenses, escudriñador

de los entresijos y pormenores de los gruesos o menudos cantorales catedráticos, embajador hispano ante los maestros medievalistas italianos.

Intenté continuar mi exposición y hablar al rey Fernando, mi Señor, de los grandes capitanes de sus tercios, y de sus valiosos alféreces que los movían, pero me cortó y me indicó que era muy conoedor, y a la par que agradecido, de los grandes capitanes que él sabía que disponían muy bien los tercios que llevaban su nombre en la Institución “Fernando el Católico” desde largo tiempo (ya se han sobrepasado las bodas de oro de su fundación y de los inicios de su presencia batalladora en las grandes lides de la Cultura). El rey Fernando, mi señor, me habló de la amplia y acogedora cobertura de don Fernando Solano; me recordó a don Ángel Canellas, gran investigador cultural y universitario; hízome memoria del aura poética de don Ildefonso Manuel Gil, cuya figura recordaba mostrando vigorosamente, como un trofeo, los siete kilos y medio de notas renacentistas que hacen sonar el facsímil de la formidable colección de *magnificats* del zaragozano maestro, antes citado, Sebastián Aguilera de Heredia, y de la manera excelente en que desarrolló el personal encargo que recibí de mi augusta persona, de presidir y regir el congreso internacional musicológico: *Concertus musicae et conventus musicorum, Melchior Robledo + 1586, in memoriam*; tuvo elogiosas palabras para don Guillermo Fatás, “Hombre –me dijo– de pies firmes que manaban seguridad, de amplio estómago para abordar todas las convergencias y divergencias en los amplios campos de la cultura; de pecho noble arriesgando sin temor a nadie; y con una espléndida cabeza en la que caben este mundo y los imaginables, todos juntos”; también tuvo palabras de elogio para don Gonzalo Borrás, embarcado en los temas del amplio mar de la cultura y navegando por los mil y un puntillosos temas del arte; me indicó, por último, que estaba al tanto de la formidable labor estratégica en los momentos difíciles del hoy día, del actual Director, don Carlos Forcadel, para gobernar los tercios que llevan su nombre en su Institución zaragozana. Y, díjome también, que reconocía que gran parte de los éxitos artísticos belicosos culturales, de los mil y un lances en este campo de los capitanes de sus tercios que me había mencionado, eran debidos a la meritoria labor de los alféreces de dichos tercios, don Antonio Serrano Montalvo, allá por los mismos comienzos, y del actual gobernalle de la nave y excelente ejecutor de las lides culturales, don Álvaro Capalvo. Y que conocía a numerosos alabareros de larga pica, otros bregados peones de la caballería que, con su trabajo bien hecho, y sin muestra alguna de cansancio en su labor, contribuyeron y contribuyen a los éxitos de la Institución que lleva su nombre, significativo gremial de su fama. Que para todos ellos tenía probados sentimientos de reconocimiento como a nobles y esforzados vasallos.



Pedro Calahorra en el Archivo de la Catedral de Jaca (década de 1970).

Viendo que el rey Fernando, mi señor, daba por concluida nuestra audiencia, me apresuré a preguntarle por sus espléndidas victorias en tierras catalanas, levantinas y granaínas, y sobre todo ese importante logro de plantar picas marciales, elegantes y bien bruñidas en cien logradas victorias en las aguas del Mediterráneo, del que se colocaba como vigía supremo desde las atalayas de Sicilia y Nápoles. Pero sobre todo el rey Fernando, mi señor, se interesó cuando le argüí si se había olvidado, con tan lejanas fronteras, de su tierra natal, la rica y señera tierra de las Cinco Villas que le viera nacer y crecer. Le pregunté si, por ejemplo, conocía las victorias, esforzadamente conseguidas por unos tercios de laboriosos soldados de la historia local, y del arte y valores, conocidos como Fundación Uncastillo. Le pregunté si, tanto tiempo ausente, no conocía los logros de notables restauraciones, hoy espléndidamente mostradas, de sus iglesias de los siglos XI y XII, la hermosa de Santa María, con su torre fortaleza enhiesta y siempre enfrentada a su hermana de Ejea de los Caballeros; la de San Martín de Tours convertida en memoria viva de la historia del lugar; la de San Juan, punto de encuentro para los peregrinos a Santiago de Compostela, de cuya presencia quedan valiosas muestras pictóricas; de igual manera que nos hablan de los templarios las venerables piedras de la iglesia de San Jorge. Si se perdiera por aquí,

le indiqué al Rey Fernando, mi señor, podría contemplar ese milagro, logrado con esfuerzo e ilusión, de convertir el pasado en piedras vivas, que hablan elocuentemente de las gentes de este lugar: reconvertir el legendario hospital en una activa lonja comercial, y convertirla en un lugar vivo, espléndido para la vida de todos los del lugar; si viniera, podría hablar con los hombres nobles de la judería, en el Barrionuevo que ocupan, como lo hiciera tantas veces en tantas transacciones comerciales en las que le sirvieron judíos de éste y de otros lugares; podría contemplar asimismo la recuperación de la historia romana de Uncastillo, dando brillo y esplendor a sus orígenes con la reconstrucción de los edificios de aquella ciudad y sobre todo contemplando el esfuerzo bélico de poner en pie los gigantes apoyos de su acueducto, que servía fresca agua a la ciudad romana y a las valiosas termas con que era enriquecida la misma; podría acercarse a los primitivos habitantes de esa tierra fértil de las Cinco Villas, contemplando las diversas y elocuentes necrópolis medievales. Pero sobre todo le emocionaría adentrarse en el castillo del rey Pedro IV. Castillo levantado sobre base morisca derrotada, y en el que emergen con aspecto de titanes sus dos torres: la del vigía y la del homenaje. El rey se iba animando conforme le hablaba de las gestas de la Fundación Uncastillo y me indicó que lo tendría en cuenta por si los avatares bélicos le proporcionaban el descanso de volver a su tierra natal y gozarse en ella. Díjele entonces al Rey Fernando, mi señor, que en las archivoltas de la portada lateral de la hermosa iglesia de Santa María estaban ya dispuestos todos sus súbditos para recibirlos: en la misma se agolpan ya los flautistas y los que suenan albugues, los danzantes y los acróbatas, las gentes alegres y festivas, que sólo esperan su presencia para explotar de alegría y contento. Pero como esto yo creía que iba para largo, y como conocía muy bien los sentimientos del rey Fernando, mi señor, le dije que me había atrevido a programar un homenaje a la Fundación Uncastillo, interpretando su regia voluntad, y que tenía para ello a unos valiosos hombres entresacados de sus lides culturales en su Institución zaragozana, un pequeño grupo de cantores agrupados bajo el gremial de Coro "Amigos del canto Gregoriano", dispuestos para la Sonora Salutatio –del rey y mía– a la Fundación Uncastillo por su espléndida labor de valoración, recuperación, conservación y muestra de los monumentos histórico-artísticos del lugar de Uncastillo (Zaragoza); y que por ello, siguiendo su regia voluntad, requería a mis amigos cantores que ocupasen su sitio y diesen cumplimiento a la dicha *Sonora Salutatio*¹.

Uncastillo (Zaragoza) 11 de abril de 2015

¹ Tras la lectura de este discurso el conjunto vocal Amigos del Canto Gregoriano interpretaron una serie de piezas del repertorio gregoriano.